



## ¿Y después de “votar en blanco”?

**E**llamado a “votar en blanco” el 5 de julio remite al grito provocador en recintos abiertos y cerrados en que se congregan multitudes, aquel de “¡fuego, fuego...!”.

Sus promotores y compañeros de viaje esgrimen como argumento la obviedad del desencanto social por los políticos y la partidocracia, por las promesas incumplidas y la corrupción, en fin: por lo mismo de siempre, como si hubiesen descubierto apenas un sentimiento histórico y generalizado en amplias capas de la población.

En estas páginas, el ex consejero presidente del Instituto Federal Electoral Luis Carlos Ugalde hace el recuento: “Los inquilinos también se rotaron en el Congreso, las gubernaturas, las presidencias municipales y las delegaciones del Distrito Federal, pero muchos de ellos sólo mostraron los mismos defectos: tendencia a la corrupción, mala administración, soberbia política y desdén por la voz de los ciudadanos. Por ello la ilusión del cambio político por medio de las urnas se fue extinguiendo (...). Anular o votar no es el problema, sino exigir después del 5 de julio que todos los partidos emprendan la ruta del cambio. Dudo que lo hagan...”.

Ninguna elección intermedia suele motivar una participación mayoritaria de votantes, pero no sobra recordar que hace apenas tres años, para elegir Presidente, contó cada uno de los 40 millones 588 mil 729 votos emitidos; que para elegir senadores hubo 40 millones 291 mil 72 sufragios; que los actuales diputados federales llegaron al

Congreso por decisión de 40 millones 125 mil 723 ciudadanos; que los votos anulados (sin que importe un comino cuántos quedaron “en blanco”) sumaron algo menos de un millón, y que el abstencionismo que se registró fue poco superior a 40 por ciento.

En las intermedias de 1997 no acudió a las urnas 42.3 por ciento de los votantes potenciales; en las presidenciales de 2000 se abstuvo 36 y subió a 58.3 por ciento en 2003.

La encuesta de GEA/ISA sobre la intención de no votar este 5 de julio arroja un inusitado 64 por ciento.

Por explicables que sean los reclamos de los *anulacionistas* a la clase política, da risa que supongan que su llamado a “votar en blanco” servirá de algo que no sea garantizar que el voto duro de los partidos contendientes, o sea, que una ínfima minoría se imponga en la renovación de alcaldías, delegaciones y diputaciones locales o federales.

Si se cae en el juego de condenar el sistema electoral, ¿qué viene después?

Porque dentro de “lo que está mal” hay que contar otras actividades del quehacer político, social y de gobierno.

De prosperar el tan reaccionario como suicida “voto en blanco”, habrá nuevas provocaciones para que los padres no inscriban a sus hijos en el sistema de enseñanza pública (de llevarlos a una guardería oficial, ni hablar); para abstenerse de levantar denuncias por cualquier delito y para que desaparezca la selección mexicana de fútbol.

¿En serio la tontería ésa de “al diablo con las instituciones”? ■■

[cmarin@milenio.com](mailto:cmarin@milenio.com)

